

Feminismo desde la periferia nacional

Inma López Silva

Escritora, crítica de teatro y profesora ESAD de Galicia

EL 8 DE MARZO DE 2018, MEDIA ESPAÑA que antes no lo era se hizo feminista. Quizá la cosa sucedió unos meses antes, cuando, como con tantas otras cosas, descubrimos causas y justicias a través de la voz visible de las artistas de Hollywood. El #MeToo logró revolver conciencias de un modo innegable y las españolas, ávidas de dar un auténtico golpe en la mesa contra la violencia que se cebaba con nosotras en un goteo constante de asesinadas, violadas y acosadas, supimos abrazar esa causa para hacerla crecer y, en fin, convertirla en otra cosa: en nuestro propio amanecer feminista.

No es que antes no lo fuéramos. Sería injusto no reconocer el arduo y especialmente difícil trabajo del movimiento feminista en España durante décadas, un movimiento que, a diferencia de otros países, aquí ha tenido que lidiar contra una asquerosa tradición nacionalcatólica, heredera del franquismo, que se vierte especialmente en el juicio moralizante sobre las mujeres y que ostenta con cariño y afectación la derechona rancia que no es precisamente anecdótica en este país. Además, el movimiento feminista en España se ha encontrado también con un debate identitario que lo ha excluido de su discurso, centrándose en el concepto de «identidad nacional» como fórmula que canalizaba la explicación conceptual de quiénes somos.

Resulta especialmente interesante esta reflexión ya que afecta directamente a cómo nuestros discursos culturales

se han ido forjando a través de intensas reflexiones sobre la relación entre la definición de nuestra identidad y los distintos elementos que la conformaban (la lengua, las tradiciones, la lectura de la Historia, los mitos y temas de la literatura y otras manifestaciones artísticas...) sin introducir las reflexiones que, desde el feminismo, venían realizándose alrededor del sujeto «mujer» y su definición. O, simplemente, haciendo caso omiso de la aportación sobre el concepto de identidad que el feminismo venía elaborando, como si las mujeres no fuésemos nación, o comunidad, o sociedad... ¡o algo!

Efectivamente, ese desprecio del discurso político tradicional daba cuenta de algo contra lo que, en realidad, escritoras de múltiples procedencias e identidades veníamos contando en nuestras ficciones: que era mejor encerrarnos a las mujeres en nuestra habitación propia (¡ay!, Virginia, no sabes el daño que nos ha hecho tu idea...) escribiendo unas para las otras, y sin que nuestros discursos revolucionarios salgan de nuestras cuatro paredes, no vaya a ser que destruyan el tinglado que han armado los patriarcas durante siglos.

Mi reflexión en este pequeño ensayo tiene que ver con esto, pues la literatura, como formación propia de la consideración «nacional» de la cultura, tiene capacidad para reformular el propio concepto de identidad desde los presupuestos verdaderamente revolucionarios y emancipadores del feminismo. La literatura es

portadora de mundos posibles, de realidades alternativas que permiten «imaginar» otras maneras de relacionarse y comportarse que, además, proceden de la libertad de la ficción para contradecir el orden establecido por los discursos dominantes en la realidad (y no olvidemos aquella vieja definición de Benedikt Anderson de la nación como «comunidad imaginada»). Pero para que la literatura tenga ese poder de un modo efectivo, es necesario bombardear desde el feminismo la base nacional del discurso patriarcal que justifica una utilidad para las artes al servicio de la nación como estructura de organización social. Ni que decir tiene que, tal como se define a día de hoy, la nación es una estructura patriarcal que, entre otras utilidades, fomenta la dominación de las mujeres, su consideración como objetos y no como sujetos sociales, y, sobre todo, su utilización como mano de obra gratuita para labores imprescindibles en el mantenimiento de la comunidad (nacional).

En un interesante artículo publicado *online* en eldiario.es por la filósofa Luisa Posada Kubisa el 22 de octubre de 2018 y titulado *El sujeto político feminista en la 4ª ola*, la autora plantea la necesidad de reivindicar más que nunca una identidad de «mujer» que permita asumir el protagonismo en la política que se avecina, donde el feminismo está llamado a ser protagonista después del apoyo social conseguido por las movilizaciones del 8 de marzo. Enfrentándose abiertamente a las tesis de Judith Butler, Posada reniega de un feminismo de orden sexualizado y retoma aquella vieja, pero bonita, idea beauvoisiana de la identidad como construcción del concepto de mujer. Dice Posada: «¿Cómo pensar las identidades que se reconocen como diversas? ¿Cómo evaluar las diferencias? La teórica norteamericana Nancy Fraser advierte que no todas las diferencias deben ser reconocidas, que no todo vale y que hay que rechazar aquellas diferencias que fomentan la subordinación o que implican desigualdad. El debate abierto acerca de qué hacer con las identidades diversas, qué hacer si reconocemos las diferencias entre mujeres, abre

también el debate de qué hacemos con el sujeto político del feminismo, con el quiénes de esta nueva ola.»

Efectivamente, como señala Posada, es obvio que necesitamos un sujeto político que pueda llevar adelante la revolución feminista, pero los sujetos políticos en esta España de lo plurinacional siempre han ido por otro camino. ¿Cómo repensar ese sujeto político desde el rol que nos toca a las escritoras inmersas en el concepto de «literatura nacional» quizá más que nunca, pues mandan los criterios del marketing comercial que dominan el medio editorial? Más aun, ¿cómo hacerlo desde literaturas que han encontrado su razón de ser en la lógica nacional que justifica su esencia y su identidad sometiéndolo a la identidad como «mujer» a la identidad nacional? Y ahí estamos, con giros inesperados y vueltas de rosca añadidas, las escritoras que, en España, ni siquiera escribimos en español, sino en alguna de las (mal) llamadas lenguas periféricas, chocando de frente, a veces, con una realidad que parece ajena a nosotras cuando nos traducen, pero que no lo es si, con perspectiva de género, vemos la traducción como un medio y no como un símbolo del contacto entre literaturas nacionales distintas.

Partamos de la idea de que ser hombre o mujer es una construcción cultural y, por tanto, también social y política, incluso una construcción económica, exactamente igual que el concepto de nación.

Lo que ocurre es que, en el proceso de construcción de este concepto de «nación», las circunstancias de las mujeres han sido sistemáticamente olvidadas. Dejando aparte que la discriminación de la mujer es transnacional, que esa violencia contra la que nos hemos rebelado en la cuarta ola del feminismo es universal, ¿cómo es que el nacionalismo no ha sido capaz de elaborar un discurso que relacionase las causas nacionales (histórica, económica y sociológicamente determinadas por cuestiones de carácter local) con la discriminación de las mujeres, por

«Tal como se define a día de hoy, la nación es una estructura patriarcal que, entre otras utilidades, fomenta la dominación de las mujeres, su consideración como objetos y no como sujetos sociales, y, sobre todo, su utilización como mano de obra gratuita para labores imprescindibles en el mantenimiento de la comunidad (nacional).»

ejemplo, en Galicia o España? (Dos cosas. Una: pongo mi ejemplo porque es el que conozco, pero me atrevería a generalizar si fuese el objeto de este artículo, que no lo es, y si hubiese espacio suficiente, que no lo hay. Dos: en lo que llamamos «España» también hay un «nacionalismo español» que todavía cabe menos en estas páginas, pero que creo que cualquier española inteligente sabrá reconocer).

Escribo desde la experiencia. Cuando hice mis breves pero intensas incursiones en la política partidaria del nacionalismo gallego, en mi inocencia de simple escritora de novelas, yo solía pensar que, para cambiar nuestro concepto de nación, primero habría que cambiar la construcción cultural de los géneros. Y me di de bruces con las paredes del patriarcado nacionalista al que, en realidad, no le apetecía nada cambiar nuestro concepto de nación. Entonces comencé a preguntarme insistentemente qué implica ejercer el feminismo en espacios donde la identidad nacional lo aplasta todo. No me refiero sólo a Galicia, este verde lugar con un exceso identitario que a menudo se confunde con «saudade» o con «retranca». Me refiero también a España, donde todo es últimamente patriótico en exceso, «otrísimo», diferente a lo bestia, estremecedoramente español, arrastrándonos a las demás identidades en esta ola de españolidad que nos confunde y nos demuestra en el día a día quién manda quién no.

He escrito mal «últimamente» y bien «identidades».

No es «últimamente» cuando en España todo es patriótico. De un modo u otro, los

últimos doscientos años de la Historia de España se han construido desde la confrontación de identidades nacionales que han ido determinando quiénes somos, dónde estamos y hacia donde vamos, aunque ese camino casi siempre es incierto y, sobre todo, violento. El debate entre los nacionalismos en este Estado que me viene atribuido en el DNI existe, básicamente, desde que los Austrias deciden insistir en una idea de españolidad que arrasa con todo lo que encuentra en medio (aquí, en América...), y que pronto se dio de bruces con la particularidad cultural de portugueses, vascos, catalanes y gallegos (por este orden), y en menor medida otras sensibilidades que no lograron tener la intensidad de estas pero que también estaban, por supuesto. Y hablo de «identidades», en plural, porque no se trata sólo de la identidad nacional. Se trata también de la identidad de género que va enganchada a hombros de cualquier otro debate, ahí presente pero invisible porque es difícil mirarnos las espaldas. Pero en la mochila llevamos siempre los infortunios donde nos conducen nuestras construcciones sociales, llamémosles género o llamémosles nación.

El discurso nacionalista nos ha convencido durante décadas de que la identidad como pueblo atraviesa cuanto hacemos, olvidando que, para muchas de nosotras, es justamente al revés: es el feminismo como causa la que debe tejerse en todo cuanto discurso identitario seamos capaces de generar, pues el feminismo, internacional por definición, propone una verdadera revolución que va más allá de esa identidad como pueblo sin contradecirla (esto

es importante), una revolución de las formas de hacer, del modelo de relación que deseamos para el trato entre las personas en el que las relaciones de dominación se destruyen para redefinir el poder. Porque para el feminismo, sobre todo para este feminismo de cuarta generación que ha salido a las calles de este país en 2018 como nunca lo había hecho, poder no es sustantivo sino verbo.

Por eso el feminismo como discurso no tiene por qué contradecir el nacionalismo, pues está en otra dimensión. Lo cual no significa que no tenga que influirlo, o modificarlo o incluso destruirlo. La dimensión de los discursos feministas es envolvente porque se refiere a algo brutalmente general: media Humanidad (con sus identidades, sus preocupaciones, sus conceptos, sus cosillas) está sometida por la otra media, y ahí, el asunto de la nación, créanme, pasa a tener otra consideración. El feminismo, de hecho, pretende modificar las relaciones de poder y dominación que se derivan del discurso nacionalista exactamente igual que pretende modificar cualquier otra de nuestras actividades, espacios de relación, propuestas políticas y, en fin, la vida que, por supuesto, vendrá condicionada por aspectos de carácter local que, en cada caso, el feminismo tendrá que integrar en su discurso.

69 Muchas mujeres que defendemos nuestro derecho al reconocimiento y respeto por nuestra identidad nacional, incluso por el derecho de autodeterminación de los pueblos, tenemos que lidiar a menudo con que se nos exija escoger, poner delante una cosa de la otra, como si no pudiésemos ser nacionalistas y feministas igual que hemos decidido ser mujeres y gallegas. Europeas feministas, quizá. O mujeres españolas, españolas y mujeres. Esa decisión, además, afecta como ninguna otra cosa a nuestra literatura, pues resulta francamente difícil ver todo esto con el ruido del entorno, en medio de otros reflejos y luces que nos ciegan.

Por tanto, el discurso de la nación es un discurso patriarcal.

Incluso en Galicia, donde paradójicamente tenemos a Rosalía de Castro como referente simbólico nacional (originales que somos), aunque sólo de modo aparente, pues, en realidad, hemos hecho de ella una referencia nacional para no tener que utilizarla como referente de la mujer comprometida con el naciente feminismo que fue. El suyo es un ejemplo claro de cómo actúa el discurso aglutinante del nacionalismo para darle la vuelta al discurso feminista, reutilizarlo en su beneficio y finalmente sepultarlo bajo una montaña de palabras llenas de retórica. (Aclaro para quien no esté familiarizada con su figura: Rosalía de Castro fue tan incómoda en su propio tiempo, tenía tantas rarezas que, para poder reconocerle su innegable valor literario, llegó a ser calificada de «viriloide», pues para sus contemporáneos era una especie de hombre encerrado en un cuerpo de mujer, con toda una faceta útil para los intereses ideológicos de su entorno, los líderes galleguistas que elaboraban el discurso sobre la identidad gallega desde su orden patriarcal; así que, para integrar a nuestra principal referente cultural en el discurso ideológico del naciente nacionalismo gallego, hubo que adaptarla a la imagen de mujer que no era).

Hay que reconocer que los idearios nacionalistas en España deben su éxito (y su alta problematicidad) a su capacidad para imaginar espacios de convivencia alternativos. En eso nos llevan ventaja a las feministas, hay que reconocerlo. Ellos (¡ellos!) han logrado ofrecer un poderoso imaginario simbólico en el que las aportaciones añadidas son difícilísimas porque siempre son vistas como ataques así que son excluidas de forma automática (para eso tienen el canon). Así que, en ese marco, ¿qué podemos hacer nosotras para contrarrestar la hermosura de la nación como elemento de poder totalizador de la colectividad contra el individuo? Sólo someternos a sus conceptos y orden establecido, dada la imposibilidad de que nos permitan intervenir en su definición de la nación y en su construcción de la sociedad como artefacto colectivo.

«El feminismo, de hecho, pretende modificar las relaciones de poder y dominación que se derivan del discurso nacionalista exactamente igual que pretende modificar cualquier otra de nuestras actividades, espacios de relación, propuestas políticas y, en fin, la vida que, por supuesto, vendrá condicionada por aspectos de carácter local que, en cada caso, el feminismo tendrá que integrar en su discurso.»

Someternos.

Como siempre.

Ninguno de los nacionalismos que conozco ha dudado jamás de las relaciones de género tal como se han propuesto a lo largo de los siglos. Incluso el naciente feminismo de las mujeres galleguistas de los años veinte quedó aniquilado por el liderazgo masculino que las perpetuó en un orden patriarcal que las relegó a tareas «menores» en la conformación ideológica. A la cocina, vamos.

El discurso nacionalista tiende a realizar una interpretación de la historia colectiva vinculada con fórmulas patriarcales que limitan el protagonismo y la libertad de las mujeres (y también el de hombres que no responden al modelo ortodoxo de masculinidad, pero esa es otra historia), y para eso genera sus propios mitos, relatos y ficciones. Pongamos un ejemplo poco dudoso de españolidad: en la Biblia, texto fundacional de la cultura occidental, no hay un solo versículo en el que se diga el nombre de la mujer casada con Noé. Esa que se supone que a través de los tres hijos que tuvo con un señor de más de 600 años restituyó la especie humana después del Diluvio Universal;

esa que tuvo que recoger en un barco una pareja de cada especie de animal y que seguro que limpió la barca y cocinó para mantener vivos a todos los bichos, incluidos los humanos. Pues esa señora tan importante, fundadora de todos los pueblos y naciones según la Biblia, no tiene nombre.

En esa tradición se inscribe también la idea de la patria como familia, y también el rol reproductivo otorgado tradicionalmente a las mujeres como garantía de la perpetuidad de la nación y como transmisoras naturales de las esencias identitarias. Además, atribuyéndonos prácticamente en exclusiva la crianza, somos también las responsables de la transmisión de la memoria y los valores de la colectividad, pero sólo porque educamos a los hijos de la patria, no porque tengamos derecho de escribir nosotras mismas escribir o crear directamente los relatos de construcción de la nación. Pienso mucho, también, en la relación entre el nacionalismo español y la idea tradicional de familia (esa de los obispos manifestándose en las calles de Madrid).

No podría ser de otro modo: cualquier discurso nacionalista es un discurso de dominación que implica el control de la población y el reparto de tareas en la construcción de la nación para garantizar la convivencia bajo un paraguas cohesionador que facilita la vida de todas las personas que integran la comunidad. Hasta ahí, todo relativamente bien, si no fuera por el toque dominante y, llegado el caso, violento, como demuestra la Historia. Y si no fuera, además, porque, en ese reparto de responsabilidades, jamás se ha propuesto para las mujeres roles de poder y visibilidad.

Aun así, algunas creemos que es posible una definición de la nación que, aprovechando la ruptura discursiva a la que obliga el declive del «Estado-nación» en la era poscolonial, reformule tanto su relación con el feminismo como, en consecuencia, revise lo nacional como espacio discursivo donde ejercer

las relaciones de poder y dominación patriarcales. Y ahí, por supuesto, entra la literatura que escribimos. En definitiva, algunas creemos que, en una nueva definición de la nación, es posible practicar el ideal feminista de destrucción del sistema patriarcal.

irrupción en el canon. Y para eso sí que es útil esta cuarta ola feminista en la que, por fin, hemos logrado un apoyo social sin precedentes. —

71

De este modo, retomando la idea de Luisa Posada, la «mujer» como sujeto político del discurso feminista encuentra un lugar de acción real en un espacio cohesionado de relación política que es la identidad nacional, donde se aprovecharían en favor de un nuevo orden no patriarcal las antiguas formaciones discursivas tradicionalmente encargadas de proporcionar ideas, mitos y justificaciones a la identidad nacional, en especial la literatura como arte de generar ficciones o mundos alternativos. Porque lo cierto es que, desde el feminismo, ha sido imposible la toma de los partidos políticos tradicionales (nidos del más rancio machismo), con lo que parece más operativo obligarlos desde fuera a redefinirse o a disolverse en un nuevo concepto de las relaciones humanas. Esto implicará, sin ninguna duda, un nuevo concepto de organización política que redefina (o destruya) la vieja nación. Y por cierto, ya que no hemos conseguido nada de eso desde la elaboración de la ideología, quizá toque el trabajo más sutil de toma de los discursos cohesionadores por definición (las artes, las tradiciones) a través de nuestra